

«La charca nacional». Una visión de España en el Unamuno de fin de siglo

SANTOS JULIÁ

«**N**o he hecho nunca investigación específica acerca del íntimo estado político de nuestro país», escribía Miguel de Unamuno al comienzo de su respuesta a la Información sobre caciquismo y oligarquía abierta por el Ateneo de Madrid, a instancias de Joaquín Costa, en 1901. Y será esta la primera constatación que se imponga, que nos impone más bien el mismo Unamuno, cuando se pretenda dilucidar cuál fuera su visión sobre el estado político y social de España en el período de entresiglos: que cualquiera que sea no es resultado de una «investigación específica»¹.

Esta cautela que Unamuno adelanta a sus muy originales reflexiones sobre la necesidad que tienen nuestros pueblos de caciques, una especie de usureros de la política, no le impide utilizar profusamente sus dos armas preferidas, la escritura y la palabra, para tratar sin desmayo del estado político y social de ese mismo país sobre el que reconoce no haber realizado ninguna investigación específica. Este Unamuno de fin y principios de siglo no es un investigador de la política ni de la sociedad, pero es un prolífico escritor de artículos periodísticos y un habitual conferenciante sobre cuestiones políticas y sociales. A veces, cuando sus artículos no adquirían el eco esperado, se revelaba también como un habilísimo estratega que sabía suscitar grandes expectativas ante el anuncio de una conferencia. Fue el primer intelectual —en el sentido que esta palabra adquirió a finales del siglo XIX— que, además de derramarse en la prensa, congregó a grandes auditorios al reclamo de su palabra. Probablemente, esta dedicación preferente al periódico y a la conferencia tuvo un peso decisivo a la hora de diagnosticar el estado político y social de España; de eso tratarán las páginas que siguen, definiendo en un primer momento la actividad de Unamuno como la de un publicista y orador de agitación y proponiendo después una posible relación entre esa actividad y las alegorías de la charca, el pan-

¹ La respuesta de Unamuno está recogida en Alfonso Ortí (ed.), *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno de España. Vol. II, Informes o testimonios*, Madrid, 1975, págs. 407-414.

tano, las aguas estancadas, con sus ranas y renacuajos en perfecto orden jerárquico con las que intentaba no realmente ofrecer un diagnóstico del mal que denunciaba, menos aún proponer un remedio, sino más bien agitar los espíritus de sus lectores u oyentes.

MIGUEL DE UNAMUNO, PUBLICISTA DE AGITACIÓN

En efecto, a pesar de los lamentos por lo cerrado y estrecho de la prensa periódica madrileña, a pesar de las denuncias de su misoneísmo feroz contra todo lo fresco y rozagante, de las quejas por las dificultades para entrar en sus filas y por lo largo y duro que era «hacerse mercado», Unamuno comenzó a recoger muy pronto «el producto pecuniario de [sus] artículos». Sin importarle la orientación política del periódico al que enviaba sus artículos, conservador como *La Epoca*, liberal como *El Imparcial*, de algún jefe de partido como *Heraldo de Madrid*, y sin que se resintiera mayormente su producción por las tremendas crisis de las que sus amigos y el público en general tenían puntual noticia, Unamuno publicó sin cesar desde su juventud hasta el fin de su vida: si a Borges le admiraba su «manía insólita» de escribir un soneto cada día, a un eventual y osado recopilador de sus artículos completos habría no ya de sorprenderle sino de abrumarle la profusión y dispersión de su escritura periodística. En diciembre de 1898, en un primer balance de situación, mostraba a Juan Arzadun su satisfacción por haber logrado entrar en *Heraldo*, «donde habrás visto dos artículos míos», al mismo tiempo que el director de *La Estafeta* solicitaba su «colaboración de pago». A *El Imparcial* había remitido tres o cuatro días antes «una cosilla», había corregido pruebas de *La vida es sueño* para *La España Moderna*, «que escandalizará a buena parte de mis amigos y hará que me llamen retrógado, místico, escéptico, loco, cualquier tontería». Amigo de sus amigos, promete a Arzadun llamar la atención sobre él en *Heraldo* y «entablar relaciones con *El Imparcial*, relaciones directas y personales» para ver lo que puede hacerse porque, por lo que al mismo Unamuno se refiere, «lo que más me ha valido han sido mis dos artículos en ese diario». A final de siglo, Unamuno ha escrito, escribe o muy pronto escribirá en buen número de periódicos y revistas de Bilbao, de Madrid, de Barcelona, de Buenos Aires y no ahorrará esfuerzos, ni olvidará agradecimientos, ni evitará gestiones para que sus artículos alcancen resonancia universal: como confiesa a Ruben Darío, prefiere ser ola pasajera en el océano que charco muerto en la hondonada².

² Los lamentos son de junio de 1895, «Sobre el marasmo actual de España»,

Midiendo más sus fuerzas y calculando más las ventajas e inconvenientes, Unamuno recurrió también con asiduidad a ese otro gran instrumento de acción intelectual que es la palabra hablada. Como apenas había cuestión que no solicitara su atención, hablará de todo, de economía, de religión, del estado de España, del problema patriótico. Nada se le resiste. Son, como dice, sus sermones laicos, y como a todo buen predicador que trata de salvar, con su palabra, su propia alma y las de sus oyentes, también a Unamuno le interesa que a sus sermones asista el mayor número de gente posible³. Es un verdadero artista de la convocatoria. Ante todo, está dotado de una envidiable fe en sí mismo, de una honda persuasión en «la misión providencial pedagógica o demagógica» que en España le está encomendada. Con semejante fuerza interior, no sentirá ningún pudor en anunciar a sus amigos lugar y hora de su llegada a la plaza en la que se ha de celebrar su acto. Por supuesto, a Unamuno le gustaría ver a sus amigos en la estación, cuantos más mejor. No por ninguna otra razón que porque va a abrirle su corazón a su pueblo, «a los míos, a las ovejas descarriadas de Israel». Quiere que sus amigos sean testigos de una decisión trascendental: Unamuno por fin se decide a entrar en la carrera, en lo que venía anunciando desde hacía tiempo y está seguro de que Dios le ayudará⁴.

Si no exactamente Dios, sus amigos desde luego le ayudaron cuanto pudieron. Publicista y conferenciante consumado, Unamuno supo utilizar el artículo periodístico como reclamo para la convocatoria de conferencias. Ninguna intervención pública ilumina con más claridad su habilísima mezcla de palabra escrita y hablada que los artículos contra el militarismo seguidos de la con-

En torno al casticismo, Obras Completas, ed. de Manuel García Blanco, Madrid, 1966, vol. I, pág. 863; la recogida de frutos pecunarios es de diciembre de 1898, carta a Juan Arzadun, *Epistolario americano (1890-1936)*, ed. de Laureano Robles, Salamanca, 1996, págs. 49-51; en págs. 81-83 carta a Rubén Darío de 8 de febrero de 1900. Crítica de Borges, María Esther Vázquez, *Borges. esplendor y derrota*, Barcelona, 1996, pág. 65.

³ No hay cuestión que no solicite su atención: «Nicodemo, el fariseo», *Revista Nueva*, noviembre de 1899, que reproduce una conferencia en el Ateneo de Madrid de 13 de noviembre de 1899, OC, VII, págs. 367-369. A Bernardo G. de Candamo anuncia su intención de predicar seis sermones laicos en carta de 13 de diciembre de 1901, *Epistolario inédito*, ed. de Laureano Robles, Madrid, 1991, vol. 1, págs. 104-106; véase también, en págs. 99-100, carta a Timoteo Orbe de 8 de octubre de 1901 con el temario de las seis conferencias.

⁴ Misión providencial, carta a Juan Arzadun, 12 de diciembre de 1900 y otra, un año después, a G. de Candamo, 13 de diciembre de 1901, en *Epistolario americano*, pág. 101 y *Epistolario inédito*, págs. 104-106; aviso a Salaverría con todo detalle de su llegada a Eibar y del sermón que pronunciará sobre la cuestión religiosa, en carta de 28 de agosto de 1905, *Epistolario inédito*, I, págs. 190-191.

ferencia presuntamente contra lo mismo impartida el domingo, 25 de febrero de 1906, a las once y media de la mañana en el teatro de la Zarzuela de Madrid. La fecha no es asunto menor: se discutía en el Congreso el proyecto de ley de «Represión de los delitos contra la Patria y el Ejército», de otro modo llamado proyecto de ley de jurisdicciones. Cinco días antes, Melquíades Álvarez había pronunciado en el Congreso de los Diputados un discurso demovedor en el que con una extraordinaria habilidad y dotes sobradas de orador acusó a la Corona de haber provocado la caída del anterior presidente del gobierno por una «promesa augusta vertida por delegación ante los elementos armados de España». Álvarez acusaba al gobierno y a los dos grandes partidos del sistema de haber claudicado ante una revolución incruenta y haber traspasado al ejército «una jurisdicción que no le pertenece». No podía entender que el nuevo gobierno accediera a unas exigencias que significaban la bancarrota del poder civil y el fracaso de los tribunales de justicia si no era por miedo al ejército o por la debilidad cortesana de refrendar un compromiso contraído anticonstitucionalmente por quienes personificaban otros poderes⁵.

Los hechos que habían motivado la intervención de Melquíades Álvarez se remontaban a noviembre del año anterior, cuando una partida de oficiales del ejército de la guarnición de Barcelona asaltó los locales de *La Veu de Catalunya* y de la revista satírica *Cu-Cut* por lo que entendió ultrajes a la bandera y al mismo ejército. Rápidamente, los capitanes generales mostraron su solidaridad con los levantiscos oficiales y aunque el Gobierno, presidido por el liberal Montero Ríos, acordó no ceder a las presiones militares, declaró el estado de guerra en Barcelona el 29 de noviembre. La intención del Rey, anunciada el día siguiente en consejo ministros, de apoyar las exigencias del ejército, además de invitar a los militares a persistir en su actitud de rebeldía, equivalía a pedir la dimisión de su presidente del Gobierno, que Montero Ríos presentó sobre la marcha. Se ha dicho que su papel fue apaciguador, pero, como ha escrito Carolyn Boyd, la intervención de Alfonso XIII constituyó un primer acto de traición contra la supremacía del poder civil y dejó al Parlamento expuesto a futuros chantajes del ejército. El nuevo presidente, Segismundo Moret, llegó dispuesto a contentar a los militares y, para que no cupieran dudas de sus intenciones, nombró ministro de la Guerra a Agustín Luque, capitán general de Sevilla, que había aplaudido la in-

⁵ Melquíades Álvarez, *Diario de Sesiones del Congreso*, 17 de febrero de 1906, págs. 2654-2660. Por ser político, Unamuno tenía a Álvarez como «un mentiroso más», en carta a Juan Arzadun, cit., pág. 102.

subordinación de la guarnición de Barcelona. Para culminar la dejación de poder, el Parlamento tramitó el proyecto de Ley para la Represión de los Delitos contra la Patria y el Ejército. Melquíades Álvarez no podía entender que esa ley saliera adelante sino era como fruto bastardo de una revolución incruenta que no había producido sangre porque triunfó fácilmente⁶.

La rebeldía de los militares impresionó también vivamente al rector de Salamanca, aunque todavía le desagradó más «la cobardía de las gentes en no atreverse a condenar el motín de la oficialidad de Barcelona». Se dispuso, pues, según anunciaba a Francisco Giner de los Ríos, a ser él «quien proteste». Lo hizo, en primer lugar, por escrito, publicando un artículo que él mismo tenía como lo «más decisivo, más resuelto, más franco y, por qué no he de decirlo, más valiente» que se había escrito nunca en España contra el militarismo. Pero desgraciadamente había aparecido en una revista de limitada circulación: un diario nunca se hubiera atrevido a publicarlo. Así, Unamuno se lamentaba a Zulueta de haber clamado en el vacío, lo que constituía una pérdida incalculable. No cejaba, sin embargo, en el empeño y prometía escribir otro que sería «mil veces más de escándalo» aunque temía de nuevo que sus ecos se perderían otra vez en el vacío. Ante tan patética llamada de socorro, «la flor y nata del intelectualismo» madrileño manifestó públicamente su adhesión a los dos artículos y reclamó con un escrito encabezado por Emilia Pardo Bazán su presencia en Madrid para que todo el mundo se enterase del «J'accuse» escrito por el sabio catedrático. Fue probablemente la primera movilización masiva de intelectuales con el propósito de que la palabra de uno de ellos alcanzara el mayor eco posible. Los periódicos anunciaron el evento, se despertó gran expectación por su llegada, los periodistas siguieron sus pasos desde que descendió del tren que le traía de Salamanca hasta que terminó su parlamento. Su fotografía, con su ya inconfundible «uniforme de intelectual»⁷, ocupó notables espacios en la prensa. Todo el mundo se dispuso a escuchar lo que bien quisiera decirles este nuevo Zola.

Fue en verdad una «conferencia muy jaleada»: el teatro a rebozar y gentes por los alrededores tuvieron ocasión de escuchar la anunciada diatriba contra el militarismo que acabó en un lamento

⁶ Carolyn P. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, 1990, págs. 28-31.

⁷ De «uniforme de intelectual» más que de pastor protestante lo encontró vestido Josep Pla en la visita que le hizo en febrero de 1921, cuando le pareció obsesionado por la política y firme en su «ideología romántica y anárquica», *Madrid, 1921. Un dietario*, Madrid, 1981, págs. 40-43.

porque en España no había militarismo en grado suficiente. Unamuno era en verdad, como escribirá mucho después Moreno Villa, un caso: su trabajo de contradictor le indujo a contradecirse a sí mismo⁸. Pero no es Unamuno como un gran paradojista lo que me interesa ahora. No trato de dilucidar si Unamuno era en verdad militarista o antimilitarista, o ninguna de las dos cosas, o las dos a la vez, o lo contrario de ambas, o su síntesis superadora. Como tampoco interesa para mi actual propósito establecer si en el breve período de tiempo que va desde 1895 a 1900 Unamuno fue, y en qué medida, krausista, positivista, krausopositivista, anarquista, liberal, libertario, liberal-libertario, marxista, socialista, nacionalista, humanista y alguna cosa más⁹. Lo que me interesa es resaltar que Unamuno fue, con Maeztu, de los primeros en percibir el nuevo valor de uso como sustantivo de la palabra intelectual y, en mucha mayor medida que Maeztu, el primero en afirmar desde muy pronto una presencia característica del literato que surge a fin de siglo, no sólo en España, en toda Europa, y que podría considerarse como un nuevo tipo de aquellos escritores y artistas que utilizaron también con profusión la imprenta y el club, el artículo y el mitin, la escritura y la palabra como los modos centrales de influencia de esta nueva clase¹⁰. Ciertamente, con la escritura y la palabra, el hombre de letras de las revoluciones liberales había hecho algo más: colocarse a la cabeza del pueblo, prestarle su voz para guiarle en el camino de la conquista de las libertades y de la constitución de la nación. Ahora, a fin de siglo, el pueblo que todavía Pérez Galdós o Pardo Bazán cantaban adornado de virtudes naturales, se había visto sustituido por la masa y estos nuevos intelectuales renunciaron a ser cabeza del pueblo para tratar de convertirse en conciencia y látigo de la multitud. Pero esa diferente posición no hace más que reforzar los dos instrumentos básicos de su acción, la pluma y la palabra, que Una-

⁸ Unamuno a Giner, 2 de diciembre de 1905, en D. Gómez Molleda, *Unamuno 'agitador de espíritus' y Giner. Correspondencia inédita*, Madrid, 1977, páginas 91-92. Antecedentes y desarrollo de esta conferencia en Cecilio Alonso, *Intelectuales en crisis*, Alicante, 1985, págs. 52-114, de donde tomo las citas de la carta de Unamuno a Zulueta. Llamado por la flor y nata es de Manuel Troyano, «Alrededor de la conferencia», *ABC*, 25 de febrero de 1906; conferencia muy jaleada lo dice el mismo Unamuno en «Militarismo y socialismo», *El Socialista*, 28 de marzo de 1906. Moreno Villa, *Los autores como actores*, Madrid, 197, pág. 17

⁹ Véase los artículos de Nelson Orringer, Inman Fox, Pedro Ribas y Pedro Cezezo en Theodor Berchem y Hugo Laitenberger, coords., *El joven Unamuno en su época*, Salamanca, 1997. Para Unamuno socialista, Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*, Barcelona, 1978, págs. 57-116.

¹⁰ Alvin W. Gouldner, *The future of intellectuals and the rise of the new class*, Londres, 1979, pág. 64.

munio utilizó a fondo en las dos formas de intervención que condicionaron decisivamente su visión de las cosas.

Unamuno es el paradigma de esa nueva misión del intelectual que ha descubierto la masa, se tiene a sí mismo como su conciencia y se dispone a ejercer su misión por medio del artículo en el periódico y de la conferencia en los ateneos y teatros. Su impulso misionero está tan presente, tan a flor de piel en su correspondencia y en sus escritos como esa compulsiva urgencia de publicar para mantener a una muy numerosa familia; sus ansias por derramarse sin cálculos egoistas no le impiden llevar una estricta contabilidad de los réditos de tanto derrame. Por ejemplo, Unamuno sopesa gravemente la conveniencia de un viaje a Argentina teniendo en cuenta las 150 pesetas que *La Nación* le paga por un artículo, tres veces más que *El Imparcial*, y el buen ambiente que en Buenos Aires rodea a sus novelas, que ya comenzaban a venderse allí. Sus fervores misioneros no se riñen, todo lo contrario, con sus cálculos puritanos del céntimo: tal vez el éxito, el haber llegado, el escribir en todas partes y pronunciar conferencias por todos los rincones era la mejor muestra de que Dios le llevaba de la mano¹¹.

De manera que, por una parte, Unamuno no sólo no ha realizado nunca investigación sobre la sociedad y la política del país sino que al elegir el artículo periodístico y la conferencia como instrumento para despertar a esas multitudes que le parecían inertes, opta definitivamente por sustituir con retóricas de agitación el trabajo de investigación y análisis de la realidad social para hablar del estado íntimo político y social de España. Mucho se ha escrito sobre la tremenda crisis que Unamuno habría atravesado en 1897. Es posible, en efecto, que su desconfianza en la razón y la ciencia le haya empujado por ese camino del periodismo asistemático. Pero habría que tomar también en consideración que varios años antes de su tremenda crisis, Unamuno ya había justificado ante su amigo Múgica, que no contemplaba con buenos ojos su deriva hacia el periodismo, el rechazo de la especialización y la opción por la literatura: «Hoy por hoy la labor fecunda en España es la literaria, pues por ella entran en forma asimilable los resultados del espíritu moderno, es la que conviene a pueblos como el nuestro. No, no, no, mil veces no... no se debe especializar» Es significativo que esta opción por la literatura para

¹¹ Cálculo de las ventajas de un viaje a América, carta a Jiménez Ilundain, 26 de enero de 1900, *Epistolario americano*, págs. 77-81. Ir a donde Dios le lleve, carta a Giner de los Ríos, 3 de noviembre de 1900, en D. Gómez Molleda, *Unamuno*, «agitador de espíritus», págs. 62-64.

meter de forma asequible los resultados del espíritu moderno en la cabeza y el corazón de pueblos como el nuestro preceda sólo en unos meses su primera confesión de que ya se va haciendo un lugar en la prensa madrileña: *El Imparcial* acababa de abrirle sus puertas y hasta Cánovas sabía ya quien era y conocía sus artículos¹². La impaciencia y el énfasis con las que rechaza en 1895 la necesidad de especialización es significativa de esta orientación que en torno a mediados de la última década del siglo adoptó Unamuno. En todo caso, sea porque ha atravesado una profunda crisis que liquidó su confianza en la ciencia, sea porque se ha hartado de investigaciones filológicas y se divierte más con la invención literaria, lo cierto es que Unamuno deja de estudiar las cuestiones sociales y políticas en la misma medida en que se identifica a sí mismo como «un pródigo espiritual, un agitador». A Unamuno no le interesa tanto investigar los problemas como agitar los espíritus, zarandear a esa masa a la que considera inerte, idiota, perezosa, pasiva, «cimentada en resignación». Lo que reconforta verdaderamente su espíritu misionero es acostarse cada día con la conciencia de haber sacudido al menos el espíritu de algún pobre idiota. Eso le basta¹³.

Por el propósito que le anima y por las formas de acción a las que se entregará como intelectual podría definirse al rector de la Universidad de Salamanca como publicista y conferenciante de agitación: Unamuno es un literato y un orador que quiere agitar los espíritus. Agitarlos, desde luego, pero no movilizarlos. Nada aborrece más que la posibilidad de formar escuela, de que alguien le siga, de sentirse comprometido con los demás por su palabra. En este sentido, es un agitador en estado puro, sin meta definida, sin propósito concreto. El mismo Unamuno argumentará varios años después por boca de un escritor en imaginario diálogo con un político, que él, con sus escritos, no se comprometía a nada, no empeñaba nunca su palabra ni su porvenir: «Mi acción termina así que escribo... El fin del escritor es escribir e influir con sus escritos en los demás ¿Qué importa que hoy influya de un modo y mañana de otro si es que influye?» Nadie habrá reivindicado de forma más descarnada la absoluta libertad del escritor respecto a su palabra: el intelectual puede decir hoy una cosa, mañana otra,

¹² Unamuno a Mújica, 4 de marzo de 1894 y 22 de mayo de 1895, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, ed. de Sergio Fernández Larrain, citadas por José Luis Calvo Carilla, *La cara oculta del 98*, Madrid, 1998, págs. 224-225.

¹³ Se presenta como agitador en carta a Giner, cit., Masa resignada, «De regeneración: en lo justo», *Diario de Comercio*, 9 de noviembre de 1898, OC, III, 698-701.

porque lo importante no es lo que dice sino la manera de decirlo para llegar a su público¹⁴.

Tenemos, pues, definido el personaje y su tarea: es un intelectual del tipo de los literatos, que escribe en los periódicos e imparte conferencias, con el propósito de salvar su alma desparramándose en las del prójimo; pretende agitar los espíritus haciendo un tipo de literatura y pronunciando series de conferencias que le permitan redondear el escueto salario de catedrático de Universidad. Todo esto me parece mucho más decisivo que las sucesivas crisis religiosas, políticas o de conciencia para entender el contenido de su crítica de la política y la sociedad española en el fin del siglo. Unamuno mide hasta el último céntimo los réditos de sus artículos; no hay ninguna razón para suponer que no sopesara con idéntica aplicación el efecto de sus figuras literarias en un público expectante. Por una parte, como literato que quiere prodigarse en los periódicos, tiene que escribir de forma atractiva, con lujo de metáforas e imágenes; pero escribiendo en un período tan crítico como esa década que va de 1895 a 1905, tendrá que hacerlo de forma que llame la atención. Unamuno busca de un lado, la metáfora redonda, que golpee como un puñetazo; de otra, el escándalo y si a la primera no lo consigue, mil veces más: presume de que le llamen retrógado, místico, escéptico, loco, cualquier tonteería. Cuando quiere llamar la atención sobre algún artículo suyo que ha podido pasar desapercibido lo ensalzará sobre todo por su carga demoledora contra esto o aquello, por su atrevimiento y valentía, por su intrínseca capacidad de remover... las aguas estancadas.

LA CHARCA: UNA ALEGORÍA PARA AGITAR LOS ESPÍRITUS

La opción de Unamuno por una literatura y una oratoria de agitación, y los efectos que esta opción produce al utilizar como formas de acción el artículo y la conferencia, son ya evidentes en su primer tratamiento global de la sociedad española en el fin de siglo. En su tan justamente celebrado y desmenuzado *En torno al casticismo* puede observarse una clara diferencia de recursos literarios según los diversos propósitos del autor. Cuando invita al lector a entrar por cualquier costa en la Península, Unamuno describe el paisaje como un geógrafo físico particularmente bien dotado

¹⁴ Unamuno, «Diálogos del escritor y el político. II. El guía que perdió su camino», *El Imparcial*, 9 de noviembre de 1908.

para la evocación de lugares y trata luego de las diferentes formas de vida como un consumado experto en geografía humana: valles, gargantas, hoces y encañadas, hasta subir a la meseta central, cruzada por peladas sierras que forman las grandes cuencas de sus grandes ríos; luego, sin romper la continuidad, el clima extremado, los aguaceros y nevadas, la población recogida en lugares, villas o ciudades, el caserío recortado, los lugareños montados en sus mulas, las largas veladas invernales, la cocina y la alcoba. Grandísimo escritor como era, Unamuno se complace en la reconstrucción pormenorizada, hermosa, de una forma de vida integrada en un paisaje, un clima, una historia.

Pero cuando de «La casta histórica. Castilla» se salta a «Sobre el marasmo actual de España», todo cambia. Aquí ya no hay objetos de descripción y análisis sino metáforas: desde la gran disociación española que sería por siempre la de Don Quijote y Sancho, a la atmósfera de bochorno, el colapso que nos agarrota, la atmósfera —otra vez— soporífera, la miseria espiritual, Unamuno se complace en la pura evocación metafórica de una realidad que acuñará para los años siguientes con su gran alegoría del pantano de agua estancada¹⁵. Unamuno, que no ha realizado investigaciones específicas sobre la situación social y moral de España, no tiene empacho alguno en colmar ese vacío de documentación recurriendo a una imagen que para sus propósitos de agitación y para llenar cuartillas de periódicos o suscitar emociones en sus auditorios vale más que mil palabras: todo en España es agua estancada, putrefacta en sus diferentes formas de pantano, balsa, charca. La profusión con la que el rector de Salamanca recurre a su mayor descubrimiento de estos años es ciertamente abrumadora.

Pues, en efecto, charca, balsa o pantano sirve a Unamuno para hablar, ante todo, de España en general: «Volvamos los ojos a esta pobre España y a nuestra juventud intelectual. ¡Qué idílico concierto! Ahí está ¡es el pantano nacional, de aguas estancadas anidadoras de intermitentes palúdicas que sumen en dulce perlesía las almas de nuestra juventud!» Deslumbrado por el tesoro que acaba de descubrir, y dispuesto a sacarle el máximo provecho, Unamuno se complace en alargar la metáfora hasta convertirla en un extensa alegoría de lo que ocurre en el pantano nacional: «En sus orillas cantan, mientras nuestro sol les calienta los cascos fríos, las viejas ranas, y en la charca juguetea los renacuajos buscando cebo y esperando les crezcan las patas y se les borre el

¹⁵ «La casta histórica. Castilla» y «Sobre el marasmo actual de España», *En torno al casticismo*, OC, I, págs. 807-808 y 859-860.

rabo. El coro es delicioso y acompasado. Al menor ruido extraño saltan las ranas de las márgenes al charco, sintiéndose en este seguras. Y no hay nada como la charca nacional con sus viejas ranas y sus renacuajos clasificados en orden jerárquico»¹⁶. Por supuesto, Unamuno se guarda bien de señalar con el dedo quién es vieja rana y quien renacuajo en esa pobre España: basta con la alegoría, que queda, naturalmente, como muestra ejemplar de una abstracta pero contundente denuncia, algo que el público siempre sabe apreciar.

Si de esta pobre España bajamos a la sociedad española, el panorama no mejora: «Es un espectáculo deprimente el del estado mental y moral de nuestra sociedad española», escribe Unamuno, muy proclive a deprimirse por cualquier espectáculo que no fuera el de la carretera de Zamora, el de un horizonte sin alma humana a la vista, el de la «hermosura de una puesta de sol en estas inmensas soledades». Pobre conciencia colectiva homogénea y rasa, sigue lamentando. La atmósfera es de bochorno, porque debajo de una costra de gravedad formal se extiende una ramplonería comprimida, una enorme trivialidad y vulgachería. Y como aún no había perdido su admiración por las cosas que ocurrían allende las fronteras, añadía: «Cuando se lee el tole-tole que promueve en París un acontecimiento científico y literario... y volvemos en seguida mientes al colapso que nos agarrota, da honda pena. No hay corrientes vivas internas en nuestra vida intelectual y moral». Al fin, el gran descubrimiento, el resumen del análisis: esto es un pantano de agua estacanda. Alguna que otra pedrada agita su superficie, revuelve el légamo del fondo y enturbia con fango el pozo. Bajo la atmósfera soporífera se extiende un páramo espiritual de una aridez que espanta. No hay frescura ni espontaneidad, no hay juventud¹⁷.

Una nación que es un charca y una sociedad que es un pantano no podían producir más que una estancada vida cultural. La prensa es, desde luego, una «balsa de agua estancada». Pero no se trata sólo de esta manifestación de actividad cultural tan desdeñada cuando pensaba que las puertas estaban para él cerradas, tan ansiada desde que comenzaron a entreabrirse, sino de la vida literaria en su conjunto: «El *Idearium* se me presenta como alta roca a cuya cima olean vientos puros, destacándose del pantano de nuestra actual literatura, charca de aguas muertas y estancadas de donde se desprenden los miasmas que tienen sumido en

¹⁶ «La juventud intelectual española», *Ciencia Social*, 7 (IV, 1896), OC, I, página 987.

¹⁷ «Sobre el marasmo actual de España» cit.

fiebre palúdica espiritual a nuestros jóvenes intelectuales», escribe a Ganivet a mediados de 1898¹⁸. Y como una buena metáfora no se desgasta con sólo utilizarla una vez, Unamuno volverá a la carga e incluso adornará con simpáticos detalles la descripción de la vida renacuajil que tanto le gusta contemplar desde su altillo o, más exactamente, desde su rectorado de Salamanca, esa «atalaya desde donde puedo inspeccionar no pocas miserias humanas»: La charca, escribe cinco años después de su primer descubrimiento, «continúa inalterable, los renacuajos oyendo extasiados el melódico y correcto croar de las viejas ranas y murmurando de ellas porque no les dejan salir a la orilla, cuando lo que no les deja salir es su falta de patas. Conténtense con el rabo que les sirve de remo trasero para singlar en las tranquilas aguas de la charca. Ya saldréis, ya saldréis, queridos renacuajos»¹⁹.

Muy original, muy ocurrente, pero esto no nos dice nada ni de la España de fin de siglo, ni de su sociedad, ni de su vida cultural. A pesar de ello, Unamuno no renuncia a imagen tan prometedora y la traslada sin mayor problema a la política. Este Unamuno de fin de siglo está bien lejos de ser un analista de la política, y poco que le importa, teniendo como la tiene como uno de los más innobles oficios a los que podía dedicarse el ser humano. Pero que no sea un pensador de la política no quiere decir que, como todo publicista que se precie, no hable de política e incluso aparezca obsesionado por ella. Lo hará en los términos que resultan ya familiares. Partiendo del supuesto de que en España el pueblo es masa electoral y contribuible, de que nuestro pueblo ha caído tan bajo que ni merece, ni necesita, ni le conviene la libertad y convencido de que la política no es más que un atosigante tejido de mentiras, Unamuno llega a la ya nada original conclusión de que «esto es un pantano de agua estancada, no corriente de manantial [...] El mal parece que se agrava y cunde; es cada día mayor la ignorancia y la peor de todas, la que se ignora a sí misma. Sobre esta miseria espiritual se extiende el pólipo político y en anemia se congestionan los centros más o menos parlamentarios». El problema, a diferencia de lo que ocurre en los adyacentes pantanos de la sociedad y la cultura, es que en el de la política no se perciben siquiera esos retozones recuajillos que alegraban la vista del observador. El pólipo político está

¹⁸ Unamuno a Ganivet, 12 de junio de 1898, *El porvenir de España*, OC, III, 641-643.

¹⁹ Rectorado como atalaya, carta a Jiménez Ilundain, *Epistolario americano*, pág. 119. «La charca», *El Correo*, Valencia, 10 de abril de 1900, OC, VII, páginas 1264-1266.

en crisis: «Los viejos partidos, amojamados en su ordenancismo, se arrastran desecados»²⁰.

En fin, y para que nada quede fuera, Madrid, amasijo de pueblos, montón de casas agrupadas a la sombra de los ministerios y oficinas públicas como los pollos bajo las alas de las gallinas²¹. Unamuno no tiene en gran estima a la capital; es más, de lo que siempre presume ante sus amigos es del alivio que experimenta cada vez que huye de ella, que la abandona. Se diría que sólo va a Madrid por el gusto de marcharse lo antes posible. De su desprecio de Corte elaborará toda una doctrina sobre los males de la gran ciudad, condensados en su capacidad niveladora y en su democratismo. Por imperio de la masa, la gran ciudad realza las medianías y deprime las sumidades, y teniéndose él a sí mismo por una de las más altas sumidades de la meseta, era lógico que no le gustara quedarse mucho tiempo en ella: con ir a las tertulias y ver a unos y a otros perdía su singularidad, se volvía acomodaticio. Por otra parte, las grandes ciudades son «fundamentalmente democráticas», y Unamuno se siente durante estos años en el deber de confesar su «inevitable recelo platónico hacia las democracias»²².

De ahí que cada vez que las obligaciones, pecunarias u otras, le obligan a ir a Madrid, regrese «con ahínco a este mi refugio de Salamanca, convencido más que nunca de que Madrid no me conviene (ni me gusta)». La Corte, dice, le da tristeza. Y aquí, de nuevo, la gran metáfora: Madrid es una charca infesta²³. Cada estancia en Madrid restaura y alimenta sus reservas de tristeza y melancolía, escribe años después, al evocar la impresión de su primera entrada, cuando apenas contaba dieciséis años, en 1880. Deprimente, tristísima, le pareció entonces y siempre Madrid. Subir por la cuesta de San Vicente, entre despojos y barreduras, le produjo la misma impresión penosa que un «salón de baile público, cuando por la mañana se abren ventanas». Rostros macilentos, espejos de miseria, ojos de cansancio y esclavos de espórtula: la emociones levantadas por esa visión reviven en él cada vez que entra en Madrid, tipo de grandes ciudades. La mejor defensa será «huir, huir al desierto», lo que de todas formas se guardó muy mucho de hacer. No debe despreciarse tampoco la repug-

²⁰ El pueblo no merece la libertad y la política como tejido de mentiras, carta a Juan Arzadun, 12 de diciembre de 1900, cit., pág. 102; lo demás, «Sobre el marasmo actual de España. IV», cit., págs. 862-869.

²¹ «En la raíz de la vida», *Recuerdos e intimidades*, Madrid, 1964, págs. 105-108

²² «Grandes y pequeñas ciudades», junio de 1908, *OC*, I, págs. 300-305.

²³ Unamuno a Jiménez Ilundain, 26 de enero de 1900, *Epistolario americano*, 77-81, y *En torno al casticismo*, pág. 863.

nancia que en Madrid le producía observar las miradas concupiscentes que los sátiros dirigían a las pecadoras que pasaban por la calle y que «dejaban en la atmósfera moral como un hilo invisible, el rastro de una babosa, y esos hilos se cruzan y entrecruzan de tal modo que llegan a formar una malla, un tejido en que se sofoca el alma aleteando en vano»²⁴.

España, su sociedad, su política, su capital: todo es una charca, una balsa, un pantano. Pero esto ¿nos dice algo de la sociedad, la política, la cultura de la España de entonces? No, ni tampoco lo pretende. Cuando habla de Madrid, y en general, cuando habla de cualquier cosa que tenga que ver con la sociedad y la política, Unamuno no se propone «presentar datos objetivos» sino tan solo consignar sus «personales impresiones [...] con auxilio de consideraciones de orden muy general y sobrado especulativo». Más que una «contribución estrictamente científica», de lo que le gusta hablar es de las «observaciones en que presento el fruto de mi experiencia. Mi propósito es dar sugerencias más que instrucciones». A Unamuno le basta con decir lo que siente; le importa más ser auténtico, ser sincero, que dar cuenta de la realidad²⁵.

Ofrece así él mismo la clave que permite interpretar sus palabras. La visión de la España de fin de siglo como una charca es una denuncia de la sociedad y de la política que dice más acerca de él que de la realidad. De lo que realmente pasaba, y de las causas de lo que pasaba, no nos dice nada y, por tanto, puede prescindir también de ofrecer ninguna representación de otra sociedad u otra política posibles. Es más, Unamuno rechazaba airadamente como dogmática la posibilidad misma de pensar en algo que se asemejara a un programa de gobierno para remediar aquella situación que tan penosas impresiones le producía. A un joven a quien le hablaba de ideal de una sociedad futura, de vivas esperanzas en la redención del hombre, como se pusiera a asatearlo a preguntas de cómo habría de ser esto y lo otro y lo de más allá, lo despachó airada y conmisericordiosamente: quería el pobre un programa detallado, un programa. Lástima inspiró a Unamuno aquel desgraciado infiel²⁶.

²⁴ «Ciudad y Campo. De mis impresiones de Madrid», *Nuestro Tiempo*, julio de 1902, OC, I, págs. 1031-1037.

²⁵ En este punto, sería pertinente la distinción que a propósito de Ramiro de Maeztu señala Ortega entre hombre sincero y hombre veraz: el primero cuenta lo que en realidad sienten sus nervios y con ello cree haber cumplido; el segundo considera esta perpetua autobiografía como pecado en que todos caemos alguna vez y procura elevarse del humor de sus nervios a lo que es en verdad: «Algunas notas», *El Imparcial*, 9 de agosto de 1908, en *Obras Completas*, Madrid, 1983, vol. 1, pág. 111.

²⁶ «Pistis y no gnosis», 30 de enero de 1897, OC, III, pág. 684.

Cuando habla de política o de sociedad, este Unamuno de fin y principio de siglo siempre huye de la precisión. Tiene a gala conservar la entera libertad para no definir nada. Es plenamente consciente del asunto, y sus amplias lecturas le habrían permitido sin duda precisar: no que no pudiera decir nada «científico» sino que no quiere decirlo. No es ignorancia, ni comodidad, lo que le lleva a este tipo de crítica nihilista, incapaz de hablar de cuestiones objetivas y de ofrecer alternativa alguna, sino la pretensión de reclamar una entera libertad sobre la que presuntamente se podría erigir una posición superior, que le permitiría ir a la verdad profunda de las cosas para así conmover el espíritu de su lector u oyente. Definir las cosas es falsearlas, dice, sin pesteñar. Por ejemplo, con tanto hablar de pueblo, alguien podría exigirle que definiera qué es el pueblo de que tanto hablaba. Unamuno es rápido en la respuesta. «No; no lo defino, porque definirlo es falsearlo. La voluntad, la buena voluntad, no la inteligencia, es lo que permite ver claro»²⁷. Por supuesto, el irracionalismo es una opción, pero habrá que atenerse a las consecuencias: Unamuno ve claro con la voluntad, no con la inteligencia.

Sin importarle los contenidos concretos de la crítica, sin proponer definiciones de problemas, lo único que le interesa es la sinceridad, la autenticidad, la verdad: ver claro con la voluntad. Hay que ser auténticos: tal es la consigna. Normalmente, la prueba de la autenticidad consistirá en no contentarse con la apariencia de las cosas sino llegar a lo más hondo. Adentro, esa es la tarea²⁸. Ir hacia dentro, donde se descubrirá el verdadero ser de las cosas. Hacia dentro en el yo hasta encontrar a Dios; hacia dentro en el tiempo, hasta encontrar por debajo de ese pantano de aguas estacandas la roca viva del pueblo intrahistórico. El pueblo que Unamuno tiene ante los ojos no sirve para construir nada auténtico, verdadero: es masa electoral y contribuible. El pueblo verdadero hay que buscarlo en los adentros de la historia.

Desprecio de la política como el toma y daca de grupos de intereses; rechazo de la razón y de su papel para acercarse a los asuntos políticos y sociales; jerga de la autenticidad; cultura centrada en el yo y, sosteniendo todo esto, la pulsión romántica de desprecio del tiempo presente, del capitalismo que avanza, de la ciudad que atosiga, con la huida a un tiempo fuera de la historia en el que encontrar esa roca viva que es el pueblo, «origen y fuente

²⁷ «La regeneración del teatro español», *La España Moderna*, julio de 1896, OC, I, pág. 898, nota 2.

²⁸ Cartas a Pedro Jiménez Ilundain y a Ruben Darío, 26 de enero y 8 de febrero de 1900, *Epistolario americano*, 77-81 y 81.83.

de donde toda la diferenciación surge y adonde vuelve a resucitar en incesante palengenesia, plasma germinativo de las naciones y raíz de su inmortalidad»²⁹. Todo esto conforma una actitud política similar en algunos aspectos a la que Jeffrey Herf tiene como heredera de los más negros aspectos del romanticismo y que llamó modernismo reaccionario. Únamuno se presenta, en efecto, en este período de entresiglos como un tardorromántico que puede ser simultáneamente antitradicionalista en lo cultural y profundamente reaccionario en lo político, como por lo demás lo fue en estos años buena parte de su misma generación³⁰. A esa actitud y a las formas de manifestación que encontró en el artículo periodístico y en la conferencia de agitación es a lo que habría que atribuir esa visión de España, de su sociedad, de su cultura, de su capital, como un pantano de aguas hediondas, como la gran y pestilente «charca nacional».

Santos Juliá es Catedrático de Historia Social y del Pensamiento Político en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED. En la actualidad investiga sobre historia política en la España contemporánea. Es autor, entre otros libros, de *Manuel Azaña. Una biografía política* (Madrid, Alianza, 1990) y *Los socialistas en la política española. 1879-1982* (Madrid, Taurus, 1997).

²⁹ «La regeneración del teatro español», cit., pág. 905.

³⁰ Jeffrey Herf, *El modernismo reaccionario. Tecnología, política y cultura en Weimar y el Tercer Reich*, México, 1990, págs. 44-46. Hay una muy arraigada interpretación de la generación del 98 como neorromántica o heredera del romanticismo; entre otros, José María Salaverría, «Neorromanticismo», en *Nuevos retratos*, Madrid, 1930, págs. 77-80; Emilia de Zulueta, *Historia de la crítica española contemporánea*, Madrid, 1974, págs. 115-117, y Pedro Cerezo, «De la generación trágica a la generación clásica», *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, 1993, vol. XXXIX-1, pág. 228.